



# Cultura Obrera



EDUCACION ORGANIZACION EMANCIPACION

Periódico obrero, de doctrina y de combate

Published every Saturday at 119 Charlton St., New York, N. Y. by Centro de Estudios Sociales

P. ESTEVE, Editor

119 Charlton St. New York City  
Teléfono: Spring 6247

VOL. IV. NUM. 171.  
New York, N. Y. 19 August 1916

One Year ..... \$ 2.00  
25 Copies ..... \$ 0.50  
Single Copie ..... \$ 0.05

ENTERED AS SECOND-CLASS MATTER APRIL 11, 1914 AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, N. Y., UNDER THE ACT OF MARCH 3, 1879

## De la Revolución Social

Aunque ya escribimos sobre este tema no hace mucho tiempo, queremos tratarlo nuevamente, en cierto modo, de un punto de vista distinto. Quisimos, entonces, demostrar que no bastaba el petróleo, la dinamita, la fuerza bruta para realizar nuestra revolución, sino que era también necesaria, indispensable, la razón, la inteligencia, la voluntad popular, que debíamos constantemente ir formando, sobre todo, en las colectividades idealísticas y técnicas. Desearmos hoy, a su vez, probar que la realización de nuestros ideales no podemos fiarla sólo a la fuerza de la razón, sino que hay que contar también muy mucho con la razón de la fuerza.

Apesar de lo que dicen en contra algunos que se pretenden anarquistas sólo por creerse contrarios a cuanto entienden reduce su propia individualidad, la fuerza del medio ambiente en el cual uno se desenvuelve, es en verdad potentísima. Ante todo, es imposible, absolutamente imposible hoy abstraerse por completo al sistema social presente. Quiérase o no, hay que ser explotado o explotador, mandar o ser mandado, ser víctima o verdugo. No hay vía de escape. Y contra este círculo de infamia se revuelven sólo los fuertes, los excepcionalmente dotados para la lucha. Por esto, de cada mil de los que vienen a nuestro campo no quedan diez. ¿Por qué se han ido, se van y se irán todavía, ya a engrosar de nuevo el montón de la ocupación de centinela en el campo enemigo, tan gran número de militantes al parecer inteligentes y enérgicos? Sencillamente por no sentirse con fuerzas para soportar la áspera brega. ¿Por qué claudicaron sino los Martínez Ruiz, los Corominas, los Camba, etc. etc.? ¡Va tanta diferencia de ser perseguido a ser enalzado, reverenciado tal vez; de pasar hambre a banquetear, de vivir en la opulencia en vez de en la miseria!

Son ya muchos, muchísimos los que comprenden que el capitalismo, el gobierno, la iglesia son instituciones dañinas a la humanidad, y sin embargo, en vez de combatir las defienden, las apoyan, son su más firme sustentáculo. Propagar a estas gentes es de poquísimo valor. ¿Hay algún cómico que no tenga noción clara de lo que la comedia es? Por mucho que se imponga del papel que re-

presenta, ¿dejará nunca de saber que lo que hace es sólo para dar a la ficción visos de realidad? Y, en el caso del cómico, ¿no están los curas, los leguleyos, la mayor parte de los que en esta sociedad se visten de un modo especial, se disfrazan para representar su papel en la tragi-comedia social que tiene por escenario el mundo? ¿Podrá algún cura creer que por el hecho de ser tonsurado y uniformado deja de ser hombre y pasa a ser representante de dios en la tierra, con la facultad de perdonar las ajenas culpas y de convertir el vino en sangre y una simple oblea en cuerpo de Cristo? ¿Podrá el sacristán creer santa, sagrada la madera que él sabe carcomida y que está encargado de limpiar, vestir y desnudar? El legislador venal, el juez prevaricador, el policía chanchullero, todos los representantes de la ley, violadores sempiternos de ella, ¿creerán en la bondad de la legislación? Los industriales envenenadores, los comerciantes traficantes, cuantos viven empobreciendo, aniquilando la humana raza con sus explotaciones, ¿creerán útil para la generalidad sus atrocidades? Los abogados que cifran su gloria, como defensores, en hacer declarar inocentes a los más grandes criminales, y, como fiscales, a lograr sean condenados los inocentes, ¿creerán honrada su profesión? Los médicos que saben muy bien que más que curar hay que prevenir las enfermedades y que diariamente ven que la gran mayoría de los humanos no disponen de medios para prevenirlas, ni para curarlas, ¿podrán creer justo que esto acaezca? Y, en fin, los privilegiados todos y cuantos aspiran a serlo, ingenieros, arquitectos, catedráticos, profesores, artistas, literatos, empleados gubernativos y particulares, políticos de todas layas, ¿defienden el actual régimen social por creerlo bueno o porque van, o esperan, ir bien en el machito!

A tales gentes no se puede esperar convencerlas con nuestra propaganda, ni esperar siquiera que las escuchen, y son, sin embargo, la flor y nata de las generaciones, los más instruidos, los más inteligentes, los mejor alimentados, los que debieron estar en condiciones excelentes para comprender y defender la verdad pura.

Y a ellas hay que añadir otro núcleo, compuesto de trabajadores nada tonto, más bien listos, que encuentran su conveniencia a ponerse al lado de la burguesía, de los explotadores y de los tiranos, que nos traicionan y denigran siempre que pueden.

Añádesese a las indicadas, la gran parte de la masa trabajadora que no está, ni estará mientras dure el sistema social presente, en condiciones de poder comprender nuestros ideales, no sólo porque es analfabeta, sino porque trabajan demasiado y en condiciones tan pésimas que sólo para la ruda fatiga sirven. Su mente es obtusa para la ciencia, el arte, las idealidades.

Y queda todavía la gran masa normalmente temerosa, cobarde, que sufre, que odia; pero que jamás se rebela por voluntad propia, que hay que espolearla duramente para que se encabrite.

Temiendo en cuenta lo apuntado, ¿puede soñarse en la evolución pacífica, no brutal, de las idealidades? El tolstoianismo no pasa de ser una especie de leve penitencia para los arrepentidos. Que es lo que era Tolstoi, un penitente arrepentido. Esperar la transformación social de la evolución moral de los individuos, no de un choque catastrófico, está bueno para los privilegiados que buscan tranquilizar su conciencia sin someterse a la ruda labor del obrero revolucionario; pero no puede caber en la mente del obrero manual, sujeto a la esclavitud del salario, a la incertidumbre del mañana, a las tiranías de los mandones y que sabe, conoce los medios de acabar con tanta infamia. Este, naturalmente, labora con fervor a la evolución moral de los individuos con el deliberado y decidido propósito de hacer posible cuanto más antes la revolución social, sin la cual es imposible que se efectúe normalmente en la generalidad de los individuos su evolución moral.

Y no sólo sus ansias, sino los hechos, le demuestran que es necesario, fatal, un violentísimo choque entre lo viejo y lo nuevo para abrir la vía al futuro. Si para obtener insignificantes mejoras tiene que luchar, y muy duramente, ¿qué no tendrá que hacerse para derrocar todo el sistema actual? Todo, todo, el pasado y el presente, le señala que no le queda más vía abierta que la de la revolución. Y propaga, organiza, agita, hace sentir su voz y su acción dondequiera le es posible, siempre con el afán de acelerar lo más posible el movimiento revolucionario, indispensable para dar comienzo a una-nueva era. Ha sido, ES y debe ser, en tanto no la alcanzamos, nuestra mira perenne, la revolución social despejadora del ambiente burgués.

(Seguirá).

## Traidor y mártir

Sir Roger Casement ha sido ahorcado por el liberal Gobierno inglés, con todos los honores debido a su alto rango.

El noble irlandés supo morir valiente y devotamente, dos cosas que no son incompatibles.

Verdad es que tampoco es incompatible afrontar la muerte con valor sin necesidad de encomendarse a dios o al diablo.

Y aunque yo creo sinceramente que el mundo hay una incógnita, que lo mismo puede llamarse X que Dios, entre los que saben morir con valor, me parecen más dignos de admiración los ateos que los creyentes.

¿Por qué? ¡Oh! La razón puede ser algo pueril, como suelen ser todas las razones.

Supongamos dos hombres determinados a hacer el sacrificio de su vida, y que la conciencia de uno le dice:

—Tras el sacrificio, serás recompensado. Se te reservará un sitio en la bienaventuranza eterna.

En tanto que al otro le afirma su conciencia:

—Tu sacrificio no te reportará bien personal alguno. El bien será para tu patria, para tu clase, para la humanidad.

¿Cuál de esos dos hombres hace más generosamente la donación de su vida terrena?

Bien. Lo dicho no quita entereza ni valor a la muerte devota de Sir Roger Casement, que a estas horas debe estar gozando a la derecha de Dios padre la justa recompensa a su patriótico sacrificio.

Pero queda por dilucidar aquí en la tierra una importante cuestión.

¿Murió Casement como traidor y como mártir?

Distingamos. Esas cuestiones de patriotismo están en Europa tan enmarañadas, que se prestan a diversas interpretaciones.

Ejemplos:

Los polacos mueren patrióticamente y gloriosamente, unos por Rusia y otros por Austria y Alemania.

Hay italianos, los del Trentino, que derrochan heroísmo unos por Italia y otros por Austria.

Se dan alsacianos que pelean bravamente en las filas alemanas, a la vez que no faltan los que desean el triunfo de Francia.

Y no digamos nada de las contradicciones patrióticas de ciertos pueblos de origen eslavo.

Debido precisamente a esas contradicciones, se puede afirmar que Sir Roger Casement fué traidor y mártir, todo en una pieza.

— El niño tiene mal de ojo, es demasiado hermoso. Alguien le ha mirado con envidia.

Otra le insinuaba:

— Mire que no este embrujado. Si me quiere creer, hágale rezar una novena a San Cipriano y a Santa Justina.

— Yo, decía otra, le pondría al pecho una medalla de Nuestra Señora de Lourdes.

Juan lo probó todo: agua bendita, novenas, medallas, hasta el cura fué a sacarle al enfermo los demonios del cuerpo; pero el infeliz fué decayendo hasta cerrar los ojos para siempre.

El coro de mujeres repetía que alguna mala cosa le habían dado a la criatura, y Juan estaba rabioso ¿quién podría ser tan infame que hubiese producido la muerte de su hijo? y si alguien hubiese murmurado un nombre seguro que hace un disparate.

Si sigueramos paso a paso el curso de las preocupaciones de las gentes no acabaríamos nunca.

Citaremos algunas más, rápidamente para concluir, bien conocidas.

Aparece un cometa; señal de guerra, hambre o peste.

Llevar uno el velo de un recién nacido, una herradura de caballo, una moneda horadada, o derramar el vino sobre los manteles: dichoso el que tiene o hace alguna de estas cosas, porque siempre tendrá suerte.

Ser trece en una mesa, derramar la sal o el aceite, casarse en viernes, embarcarse en martes... desgracia segura.

Guárdense bien los dientes caídos, porque de lo contrario tendrán que recogerse después de muertos.

Si se sufre mal de cuello, San Blas queda encargado de la cura; Santa Lucía de las enfermedades de la vista; Santa Rita de las consecuencias de ciertas caídas; San José de buenos esposos a los jóvenes; y hay santos y santas para todas las aflicciones. Cuando no son los santos, hay adivinos, sonámbulas, manos santas, espíritus, demonios y diablos y cuanto pueda imaginar la estupidéz humana.

Se dice que esto es cosa de los tiempos pasados y no de los presentes, que ya se está más instruido y civilizado. Concederemos que mucho se ha adelantado a fuerza

Traidor como súbdito inglés, mártir como nacionalista irlandés.

Por mi parte, le declaro absuelto del delito de traición y veo solamente en él al que se sacrificó por la libertad política de un pueblo oprimido.

¿Que aprovechó, para libertar a Irlanda, de un momento crítico para Inglaterra? Pues precisamente por ser el momento crítico había que aprovecharle.

Sir Roger, como irlandés amante de la independencia política de su país, obró lógica y patrióticamente.

Esto no se opone, desde luego, a que el Gobierno inglés lo haya ahorcado también muy lógica y patrióticamente.

Porque en cuestiones de patriotismo, todo se ve del color de la respectiva bandera.

Palmiro DE LIDIA.

## Jesús y los periodistas

(Capítulo XV de Jesús en la Guerra)

Un automóvil estaba parado en medio del camino. Empotradas sus ruedas delanteras en un hoyo, ni con toda la fuerza de su poderoso motor, ni con la ayuda de cuatro hombres, lograba salir del atolladero.

Uno de los que forcejaban, al ver a Jesús, le dijo:

—Venid a ayudarnos, buen hombre.

El que estaba a su lado, viendo la figura delicada de aquel a quien se solicitaba la ayuda, objetó riendo:

—Si confías, para salir, con la ayuda de ese hombre, pareceme que tenemos para rato.

Jesús, sin decir palabra, acercóse al auto y unió su esfuerzo al de los demás. La máquina salvó el obstáculo con facilidad y en breve estuvo en condiciones de reanudar la marcha.

El que había solicitado la ayuda de Jesús le dió las gracias; el que había dudado le dijo mirándole, admirado:

—¡Cualquiera diría que bajo el aspecto de hombre como tú se oculta un atleta!

—Te engañas. No es fuerza material la que poseo, y si mi esfuerzo ha valido, no ha sido por lo grande, sino por lo oportuno. Ha obrado como la última gota que hace derramar un vaso lleno de agua.

—Eres modesto.

—¿Por qué he de enorgullecerme de lo que he hecho?

—Amigo mío, pensando así, siempre serás un pobre hombre.

—Me basta con ser lo que soy: el Hijo de Dios y el hermano del hombre.

Su interlocutor le miró extrañado, como empezando a dudar de su equilibrio mental. Sus demás compañeros ya se habían acomodado en el automóvil y él se dispuso hacer lo mismo, invitando a Jesús.

Jesús aceptó.

Raudó cortía el automóvil por la carretera, sacudido a veces violentamente al salvar algún obstáculo, acompañado siempre por el leve ruido del motor, que se agrandaba al subir alguna cuesta. Atardecía. Los rayos oblicuos del sol doraban los campos, destrozados o descuidados. Abundaban los árboles caídos, y los que permanecían en-

hustos, presentaban alguna mutilación. De vez en cuando, grarjas destruidas, montones de ruinas que señalaban aldeas extintas, y aglomeraciones de toscas cruces de madera que indicaban los sitios donde yacían los soldados sin vida.

El espectáculo era desolador, la hora crepuscular melancólica. Los ocupantes del automóvil permanecían silenciosos, tristes por lo que veían, dolosamente impresionados por lo que habían visto. Eran, con excepción de Jesús, corresponsales de periódicos extranjeros que venían de visitar las líneas de fuego; y el horror de cuanto habían presenciado les duraba todavía.

—La guerra es bárbara—dijo el periodista holandés.—Poco importa que se haga con cañones monstruosos, con ingeniosas ametralladoras, con fusiles perfeccionados, con aeroplanos y dirigibles, con ferrocarriles estratégicos; ni que a su mayor eficacia contribuyan las matemáticas, la química, las ciencias todas; ni que para su justificación se recurra al sentimiento, a la necesidad, a la política, a la religión, a la patria. Con todo esto, la guerra sigue siendo bárbara negación de la verdadera civilización.

—Y sin embargo, la guerra es inevitable—dijo el argentino.

—Es beneficiosa—afirmó el australiano.

—¿Beneficiosa?—objetó el holandés.—Recordad, señores, lo que habéis visto, mirad a vuestro alrededor. Desolación y muerte por doquier. ¿Dónde está el beneficio?

—No hay que juzgar la guerra por los resultados inmediatos. Equivaldría a condenar una tempestad por los destrozos que causa, olvidando no sólo que es fatal, sino que gracias a ella se purifica la atmósfera y se mejora el suelo. Tras la guerra, los pueblos se regeneran, se engrandecen, llegan a su plenitud.

—O a su envilecimiento, degradación y dependencia,—interrumpió el holandés.—Puede ser cómodo, pero no siempre exacto, juzgar por analogía. Una cosa es la tempestad y otra la guerra. La primera es efectivamente algo fatal, ineludible, impuesto por las condiciones meteorológicas de la tierra, pero que de todos modos se traduce como un mal para el hombre, mal del cual procura resguardarse, evitando sufrirlo o por lo menos aminorarlo. La segunda, en cambio, no es fatal, puesto que puede ser evitable. Los hombres no pueden impedir la producción del rayo que genera la nube cargada de electricidad, si bien con su ingenio han llegado a aprisionarlo, haciéndolo inofensivo: pero en cambio pueden impedir que estalle una guerra. ¿Cuántas veces dos pueblos han estado abocados a un conflicto armado y se ha evitado que estallara, bien porque ha predominado la serena reflexión en los dos y han sometido sus diferencias a un arbitraje, o porque uno de ellos no ha estado debidamente preparado y dándose cuenta de su debilidad ha cedido en todo o en parte a las peticiones del otro? Pues el solo hecho de que una o varias veces se haya logrado evitar una guerra, es ya una prueba concluyente de que no es un fenómeno fatal, ineludible, como la tempestad. Y

en el orden de los beneficios, menos cabe la comparación. La guerra es un mal, cuando no para todos los contendientes, por lo menos para los vencidos. Por lo tanto es siempre un mal. Y el bien relativo que de ella pueden derivar los vencedores, no compensa los sacrificios que han hecho para obtenerlos.

—No estoy de acuerdo—dijo el yanqui.—En la guerra actual, de triunfar los alemanes, ¿qué beneficios tan colosales no se derivarían para su patria? Engrandecimiento del Imperio, conquista de mercados, preponderancia absoluta en Europa y casi la hegemonía mundial. Todo esto, pagaría con creces los sacrificios realizados.

—¿Pero es que la felicidad de los pueblos se mide por su grandeza,—dijo el holandés—como la de los individuos por sus riquezas? Si así fuera, habría que convenir que no hay moral posible para los pueblos, y que por lo tanto era irrealizable el verdadero progreso, la sana civilización, en suma, el gradual perfeccionamiento que es una condición humana de que con justicia nos enorgullecemos. Pero aparte de esto, la obtención de los beneficios enumerados sólo serían tales para una minoría privilegiada de mandarines y capitalistas, pero no mejoraría a la gran masa del pueblo alemán. Creedme, amigos: la guerra ni es fatal ni es beneficiosa, salvo los casos en que se recurre a ella para repeler una agresión o conquistar la libertad. La guerra es el uso y el abuso de la fuerza para fines egoístas de apropiación y dominio.

—Sin embargo,—objetó el yanqui—la historia y la ciencia nos obligan a ver en ella algo más. La guerra es tan antigua como la humanidad, más aún, como el mundo. Recordad las palabras de De Maistre: «La Ley terrible de la guerra es un capítulo de la ley general que rige el universo. En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina la violencia y cierta especie de rabia que arma todos los seres «in mutua funera»; y desde que salen del reino insensible, encuentran la muerte violenta escrita sobre la fachada misma de la vida.... En el reino animal, esta ley se manifiesta con mayor violencia.» (1) Luchan los elementos, luchan los seres inferiores, luchan los hombres. La lucha es la ley fatal de la vida, y la guerra es una forma, una manifestación de esta ley.

—Pero la fatalidad de la lucha por la vida—contestó vivamente el holandés—no implica la fatalidad de la guerra. La lucha es una ley, y la guerra es sólo una modalidad, entre innumerables, de esta ley. Sin negar la ley, puede evitarse una dada modalidad. Os ofreceré un ejemplo: La nutrición es una necesidad fisiológica, fatal; pero hay varios medios de nutrición. De la fatalidad de comer, no estamos autorizados para deducir la necesidad de comer carne y beber alcohol, pues está probado que podemos vivir alimentándonos sólo de vegetales y bebiendo agua. Más aun, si llegamos a convencernos que la carne y el alcohol nos perjudican, obremos cuerdamente evitándolos. Sin dejar de acatar la ley fisiológica gracias a la cual conser-

vamos la vida, evitamos una de sus modalidades que a la larga nos resulta perjudicial. Pues de igual manera, acatando la ley de la lucha, podemos llegar a evitar su modalidad guerra. Claro está que para llegar a tal resultado son necesarias determinadas condiciones sociales, pero hasta su posibilidad para negar el carácter de fatalidad ineludible que se quiere dar a la guerra. Además, en la ley general de lucha por la vida, no hay que ver sólo la violencia, olvidando otra manifestación no menos importante: el de la solidaridad. En la naturaleza es un factor importante el apoyo mutuo, particularmente entre los animales sociales. ¿Y qué somos los hombres sino animales sociales? Desde la célula social llamada familia, hasta el complicado organismo social llamado nación, todo es más obra de la solidaridad que de la violencia. La misma guerra, que es la más aguda manifestación de la violencia, limita su principio al tener que basarse en el apoyo mutuo entre los combatientes de cada parte contendiente.

Adrian DEL VALLE.

(Continuará)

## SEMANALES

La huelga de tabaqueros de la firma Sam I. Davis y C<sup>o</sup>, ha terminado después de 14 semanas de lucha tenaz, en la que tanto la firma como los huelguistas emplearon un celo y actividad empeñados.

No hay que negar que ha sido un triunfo redondo, una victoria, tanto más meritoria cuanto que jamás en su historia y conflictos con sus operarios, esta casa nunca fué traída a raya y vencida en sus mismas líneas de fuego. La mayor parte de las demandas fueron concedidas y otras arregladas de una manera siempre ventajosa para los tabaqueros. Ha quedado demostrado una vez más de cuanto es capaz la solidaridad y fraternidad entre los trabajadores. Pero no hay que dormirse en los lauros del triunfo; el enemigo no duerme, veía y acecha sin cesar un momento oportuno, no sólo para reconquistar las posiciones perdidas, sino también para ganar nuevo terreno que significa para nosotros más miseria, mayor humillación y esclavitud. No es la firma de Sam I. Davis la que hay que mantener a raya, sino

a la inmensa mayoría de las tabaqueras las que necesitamos moralizar y levantar el nivel o escala de los degradantes precios actuales; y para ello ya sabemos que hemos de hacer, que necesitamos iniciar, para que continúe de una manera ascendente y alentadora el espíritu fraternal y de lucha que, con esta primera batalla hemos desplegado.

En esta lucha, sin organización de ningún género, sin la disciplina formulada en reglamentos oficiales, hemos salido victoriosos gracias a la hermosa y noble solidaridad de nuestros hermanos tanto del exterior como de la localidad.

Pero si sin organización y cuando más divididos y vencidos parecíamos, hemos podido demostrar a todos los que aun no creen posible la unificación de todos los trabajadores para un fin común; si sin disciplina oficiosa hemos podido sostener una batalla de cerca de 4 meses, siempre coherente, jamás desorientada, y firme siempre el propósito de vencer, no por ello pensamos que no necesitamos una inteligencia entre todos, un acuerdo, una organización de defensa como de ataque. Es de todo punto indispensable, muy necesario que nos reunamos, que cambiemos impresiones todos aquellos que ahora más que nunca comprendemos la necesidad de una Unión, de una fuerza coherente e inteligente para recabar tantos derechos usurpados, tantas mejoras y ventajas perdidas de algún tiempo a esta fecha. Necesitamos organizarnos.

Los obreros tabaqueros esta vez, después de un largo período de inanición y sometimientos sin cuento, después de un prolongado tiempo de alejamiento y desconfianza, acaban de palpar un hecho que jamás olvidarán, una realidad que nunca soñarán, viendo como la degradación de los talleres y el silencio de los más lo llenaba todo. Ahora realizan, comienzan a darse cuenta de que unidos y resueltos pueden cambiar su situación desesperada, su misera condición de esclavos, y si realizan lo que ayer se pensaba y se discutía «sotto voce» en las asambleas de los huelguistas como en los demás talleres de la localidad, habrán en un cercano futuro futuro cambiado por completo este estado depresivo y miserable de hoy por otro más digno y más humano, de acuerdo a las nuevas necesidades y a las conquistas de la ciencia y el progreso.

Todos los oficios, todas las ocupaciones han mejorado no sólo en las condiciones morales, es decir en la manera de realizarse los oficios, sino en el sentido económico, habiendo casi todos los obreros de las demás industrias aumentado de un 15 a un 30 por ciento sus jornales. ¿Por qué el tabaquero no ha de obtener también ese aumento, indispensable para hacer frente a las más perentorias necesidades de la vida? ¿Por qué el tabaquero ha de perma-

de instrucción científica; pero aun en las páginas de los periódicos de todos los países se insertan multitud de avisos de explotadores, de la credulidad humana, aun siendo perseguidos por la policía en muchas partes, con lo que nada se logra, y casi en todas las grandes ciudades se ven grandes hileras de incautos en las puertas de curanderos de todas las calañas, y a veces larga hilera de coches, cuyos dueños no se desdanan de manifestar su pleno día su ignorancia. Y no hay que decir lo que nos revelarían las Iglesias; ellas non darían largas listas de preocupados y preocupadas.

Ahora bien: todo lo que no es natural es pernicioso; todo lo que es absurdo es contrario a la verdad; todo lo que no es verdad es contrario al progreso, a la libertad, a la justicia y al bienestar social. Las pequeñas preocupaciones son resabios de las mayores, son la tradición de la ignorancia, son un tremendo obstáculo para seguir adelante los pueblos, y menester es que se combatan por todos los desprecupados, sobre todo en nuestros hogares, porque estas preocupaciones se desarrollan en la intimidad más que en la plaza pública, sin ruido, sin ostentación, como un maldito muerbio que se introduce en nuestras entrañas y acaba con nuestra vida.

(1) «Las Velas de San Petersburgo.»



